MANUEL ESCALANTE y MIGUEL REY

LAS MIL Y DOS NOCHES

Humorada cómico-lírica en un acto,

dividido en tres cuadros, original, en verso y prosa

MÚSICA DEL

MAESTRO PORRAS





MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

LAS MIL Y DOS NOCHES

Humorada cómico-lírica en un acto, dividido en tres cuadros, original, verso y prosa

DE

MANUEL ESCALANTE y MIGUEL REY

MÚSICA DEL

MAESTRO PORRAS

Estrenada en el Teatro de Novedades de Madrid el 10 de Octubre de 1907



MADRID
Establecimiento Tipográfico de los Hijos de F. Marqués, Madera, 11
1907

REPARTO

ROSARIO	Srta. Meléndez.
AMPARO	» Del Campo.
DOÑA MARIQUITA	Sra. Orejón.
DOÑA PAZ	» García Senra.
LOLA	Srta. Nombela.
PEPA	Sra. Pérez de Pastor.
ADRIANA	Srta. Opellón.
DOÑA LORENZA	Srta. Opellón.
UNA CRIADA	Sra. Ramirez.
DON CLEMENTE	Sr. Cumbreras.
UN POLLITO MUY DECENTE	Sr. Cumbreras.
DON PÍO	» Pamplona.
GUILLERMITO	» Marcen.
GARCÍA	» Portillo.
CURRO	» Portillo.
EL DE LA RITA	» Gallo (E.)
EL CONDE	» Gallo (E.)
EL VIZCONDE	» Gallo (D.)
PIÑEIRO	» Calvete.

La acción, en Madrid; contemporánea.—Las observaciones se refieren al lado del actor.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Gabinete despacho de DON CLEMENTE, amueblado con buen gusto.— Mesa despacho á la izquierda.—Puertas laterales y al foro

ESCENA PRIMERA

DON CLEMENTE y DON PÍO. Ambos representan tener unos sesenta años. El primero, viste traje de casa, con batín y gorro. El segundo, traje de calle. Están sentados frente á frente ante la mesa examinando cuidadosamente un libro de apuntes.

DON CLEMENTE. ¿Estás de acuerdo?

PÍO. De acuerdo.

CLEMENTE. Esta fué la novecientas
noventa y nueve; la noche
tropical.

PÍO. (Recordándolo con embeleso.)
¡Noche suprema!
¡Qué mujeres!...

CLEMENTE. ¡Y qué alegres!

PÍO. ¡Qué graciosas!

CLEMENTE. ¡Y qué frescas!

PÍO. ¡Claro!... Estaba prohibida
la entrada, como no fuera
en calzoncillos de baño,
y así resultó la fiesta.

CLEMENTE. Fué una idea excelentísima!

PÍO. ¿Qué nos costó?

CLEMENTE. (Consultando el libro.) Mil pesetas.

PÍO. Sigue.

CLEMENTE. (Lee.) «Noche mil. Octubre,
veinticuatro. Fiesta persa.

Asistieron: Rita, Concha,
Isabel, Paca y Manuela.»
(Hablando.)
¡Cinco chiquillas sublimes
y que yo escogí!... ¿Te acuerdas?

PÍO. Hombre... ¡Isabel era coja!

CLEMENTE. Pero vestida de griega
y sentada en el diván,
estaba para comérsela...
¡Como las demás!

PÍO. La Rita
me gustó por desenvuelta
y coquetilla... ¡Qué lástima
que la pobre fuera tuerta!

CLEMENTE. (Quitando importancia.)
¿La nubecilla en el ojo?

PÍO. No; la nube con tormenta.

CLEMENTE. (Leyendo de nuevo.)
«Noche mil una...»

PÍO. Me acuerdo
perfectamente.

CLEMENTE. Fué áquella
en que el marido de Antonia
te dió un palo en la cabeza.

PÍO. ¡Sí, sí!... ¡Me acuerdo muy bien!

CLEMENTE. Y... ¡se acabaron las cuentas!
Mañana... (Se levantan.)

PÍO. (Con tristeza.)
¡Noche mil dos!

CLEMENTE. ¡La última, Pío!
¡Por fuerza!
¡Cumplamos el juramento
que hicimos el año ochenta,
Clemente, y á descansar!...
¡Van mil una francachelas!...
(Gimoteando.)
Mañana... (Se detiene dando un sollozo.)

CLEMENTE. (También compungido.)
Mañana, sábado.

PÍO. Juerga mil dos y *requiescant.*
CLEMENTE. Y que nos entierren juntos.
PÍO. Resignémonos
CLEMENTE. Paciencia.
PÍO. **(Tendiéndole la mano, entre sollozos.)**
¡Como *quien* somos cumplimos!
CLEMENTE. **(Estrechándosela, emocionadísimo.)**
Sí. Como dos sinvergüenzas.
PÍO. ¡Ah!... Pero la despedida
va á ser sublime, estupenda.
(Reanimándose á medida que habla.)
Hay dos chicas á la vista,
cosa superior.
CLEMENTE. **(También animándose.)**
¿De veras?
PÍO. ¡Colosales!... Pepa y Lola;
una, rubia; otra, morena...
Los ejemplares más bellos
de la flora madrileña.
CLEMENTE. Pero dime; ¿dónde has ido
por esas dos eminencias
femeninas?
PÍO. Pues al Rastro.
CLEMENTE. ¿Cómo?
PÍO. Sí; doña Lorenza
que allí vive, es la encargada
de presentarnos á ellas
y de ultimar con las chicas
los detalles que convengan.
CLEMENTE. ¿Y qué plan tienes?
PÍO. Un plan
de novela por entregas.
(Con cierto misterio.)
¿Te gustaría un viaje
por la región atmosférica?
CLEMENTE. ¿En globo?
PÍO. ¡Ca!... En automóvil.
CLEMENTE. **(Muy serio.)**
Oye, oye... ¿Tú te encuentras

bien de aquí... (Tocándole la frente.)
de la bohardilla?

Pío. (Riendo.)
¡Mejor que tú!... Se proyecta
un viaje en automóvil
á la luna, en toda regla.

Clemente. ¡Adiós, Julio Verne!

Pío. Iremos
á eso de las doce y media
de la noche, en el Panhard
ó en el Bonton á mi hacienda
de «La Chiva», convertida
con acetileno y yedra
en un paisaje lunar
de sorprendente belleza.
Y allí... ¡figúrate tú
con la Lola y con la Pepa,
la que va á armarse en la luna!..
Conque... ¿Te gusta la idea?

Clemente. (Con asombro y regocijo.)
¡Superiorísima, Pío!...
¿Y lo demás?

Pío. Todo queda
ultimado. Un telegrama
que estará al llegar, trae nuevas
espantosas de tu finca
de Alcalá, pues la cosecha
de cebada, los pinares
y algarrobos, ahora presa
son de las llamas terribles
de un incendio.

Clemente. (Asustándose.) ¡Zapateta!

Pío. ¡Hombre!.. ¡El telegrama es falso!

Clemente. ¡Ah!

Pío. Procura que lo lean
tu mujer y tus sobrinas...
Después, como tu presencia
en Alcalá es necesaria,
y urgentísima, te alejas

de aquí con el gran pretexto,
vienes á casa y...

CLEMENTE. (Comprendiéndolo todo.)
¡Etcétera!
(Muy gozoso, abrazándolo.)
¡Ay, Pío! Tú no eres hombre,
eres una enciclopedia,
y como sepan tus méritos
te hacen ministro de Hacienda.

ESCENA II

DICHOS, AMPARO y ROSARIO, por la derecha. Son dos jovencitas sobrinas de don Clemente. Aparentan gran timidez. y se fingen extremadamente pudorosas delante de la gente.

AMPARO. Buenas tardes. (Repara en don Pío.)
¡Ah, don Pío! (Se detiene cerca de la puerta, y lo saluda con una inclinación de cabeza.)

PÍO. ¡Hola, pimpollito, entra!

ROSARIO. ¡Buenas tardes! (Lo saluda y se acerca.)

PÍO. (Muy afectuoso.) ¡Rosarito!
(Con tono muy cariñoso.)
Estáis muy monas... (Ellas hacen un gesto de rubor.)
Muy bellas.

CLEMENTE. (Aparte y contrariado.)
¡Qué oportunas! Han venido
las dos, á meter la pierna.
(Alto, á ellas.)
¿Ya terminó la lección
de piano?

AMPARO. Sí.

CLEMENTE. Las teclas,
me parece, Rosarito,
que ni á empujones te entran.

ROSARIO. No me entran, no. Son tan duras
las prácticas y las pruebas
de agilidad, que...

CLEMENTE. Tampoco
están las semicorcheas
en paz contigo, Amparito,
según dice doña Adela.

ROSARIO. En lo que estamos mejor
es en el curso de lenguas.

AMPARO. Ya el francés lo dominamos.

ROSARIO. Sí; casi todos los temas
los sabemos al dedillo.

AMPARO. Y la traducción inversa,

CLEMENTE. Bueno, á estudiar.

PÍO. Sí, á estudiar,
hijitas, y á ser muy buenas;
que pronto vais á salir
de la edad de la inocencia
para conocer el mundo,
los placeres y las penas.

AMPARO. (Algo burlona.)
¡Ay, que miedo!

PÍO. (Con tonillo sermonario.) Cuando entréis
en la senda verdadera
de la vida, y un mancebo
arrogante y digno sea
el que ataje vuestros pasos
con amorosas promesas,
entonces...

AMPARO. (Con viveza.) ¿Y dónde está
el mancebo?

ROSARIO. (También vivamente) ¿Vive cerca?

CLEMENTE. (Reconviniéndolas)
¡Niñas, niñas!
(Aparte, á Pío.) Pero hombre,
¡tienes unas ocurrencias!

(Amparo y Rosario se separan del grupo. y entre sí, al ser reconvenidas. La primera se dirige á la mesa, y para disimular curiosea algún que otro

papel, primero, y luego el libro de apuntes de su tío.)

PÍO. Me iba resbalando, ¿eh?

CLEMENTE. Cayéndote de cabeza.
Serías tú que ni pintado
para explicar á doncellas
algo así como el misterio
de la Encarnación.

PÍO. Dispensa.
Es mi raudal de expresión..
¡Eso le pasa á cualquiera!

AMPARO. (Que ya habrá hojeado el libro.)
¡Rosario!... (Llamándola.)

ROSARIO. ¿Qué? (Se le acerca.)

AMPARO. Tú que entiendes
contabilidad, ¿qué es esta
relación?

ROSARIO. (Examinando el libro y leyendo el título.)
Las mil dos noches.
Un cuento.

AMPARO. ¡Si es una cuenta!
Mira. (Mostrándola el texto.)

ROSARIO. Es cierto. ¡A ver, á ver! (Leyendo las supuestas casillas)
«Observaciones», «pesetas»...
Pues no entiendo.

AMPARO. Debe ser
algo de la lavandera.
¡Uf, pues si son picardías!
Juergas, conquistas...

AMPARO. ¿De veras?

CLEMENTE. (Reparando en ellas.)
¡Pero niñas! (Observa que tienen el libro entre las manos.) ¿Eh, qué hacéis?
(Se acerca y les arrebata el libro. Ellas quedan muy confusas y aturdidas.)
¡Venga acá ese libro, venga!
¿Quién os manda registrar
mis papeles?

AMPARO. (Muy tímida.) ¡Si era ésta
que tiene mucha afición
al libro mayor!...

CLEMENTE. (Sulfurado.) ¡Quien sea!
¡Vaya unas niñas! (Aparte.) Y gracias
á que están en la inocencia,
que si no... (A Pío, qne se le habrá acercado.)
Vámonos, Pío,
y dentro, en la Biblioteca,
ultimaremos el plan. (Alto, á ellas, riñéndolas con mucha gravedad.)
A estudiar, y que no vuelva
yo de vuestras profesoras
á recibir ni una queja.
¡Vaya, vaya!

PÍO. ¡No las riñas,
hombre, pobrecitas, déjalas!

CLEMENTE. Hay que ser severo á ratos.

PÍO. Si son unas azucenas;
¿no las ves?

CLEMENTE. (A ellas.) Bueno, á enmendarse
y á estudiar, ¡ejem! (Tose con fingida seriedad y se dirige á la puerta de la izquierda.)

PÍO. (Aparte y contemplándolas.) ¡Qué bellas!
¡Qué lindas son, qué bonitas
y qué tiernas y qué frescas!
¡Y qué noche mil tres!... ¡Ay!
Pío, Pío, si no fuera... (Vase por la izquierda con Clemente, sin acabar la frase y moviendo la cabeza.)

ESCENA III

AMPARO y ROSARIO

AMPARO. (Reprimiendo el coraje.)
¿Qué te parece, Rosario?

ROSARIO. ¿Qué te parece, Amparito?
AMPARO. ¡Vaya un ogro!
ROSARIO. ¡Vaya un tito!
AMPARO. ¡Qué severo!
ROSARIO. ¡Qué ordinario!
AMPARO. Pues yo no lo aguanto, ¡ea!
ROSARIO ¡Ni yo! ¿Qué se ha figurado?
AMPARO. El tío nos ha tomado
por señoritas de aldea.
ROSARIO, Mira tú, á mí, que aunque soy
discreta, honesta y callada,
ya no me asusto de nada
y sé bien por dónde voy.
AMPARO. O á mí, que, pese á mi tío
y aunque con modales santos,
me atrevo á darle cien tantos
al mismísimo don Pío.
ROSARIO. Eso quisiera ese viejo
petulante y achacoso.
AMPARO. Ya no sirve ese baboso
ni para dar... un consejo.
ROSARIO. Hay que atajar este mal.
AMPARO. Un remedio llano y liso.
¡Proclamemos, si es preciso,
la revolución social!
ROSARIO, ¿Te sublevas?
AMPARO. Yo, sí.
ROSARIO. Y yo.
¡Abajo la tiranía!
AMPARO. ¡Abajo el tío!
ROSARIO. ¡Y la tía!
AMPARO. ¡Abajo los hombres!
ROSARIO. No,
no todos... El mentecato,
el necio, el insoportable,
el débil, el insociable
y el vanidoso...
AMPARO. (Termina la frase.) ¡*Pa* el gato!
Pero... (con brío) ¡que vengan aquí

los fuertes, los arrogantes,
los jóvenes y elegantes!..
¡Esos para mí!

ROSARIO. Y *pa* mí.

AMPARO. (Con tono suplicante y alzando los ojos.)
¡Mándame, por caridad,
pronto, Señor, un marido!

ROSARIO. ¡Y otro á mí, que te lo pido
con mucha necesidad!

MÚSICA

LAS DOS. Nos atienden y nos cuidan
como plantas de salón,
sin saber que aquí tenemos
encerrado un corazón;
corazón que va buscando
lo que no puede encontrar
entre las cuatro paredes
de la cárcel del hogar.

AMPARO. ¡Sublevación!

ROSARIO. No hay que temer.

DUO. Dejad que libre vuele
el corazón de la mujer.

AMPARO. ¡A disfrutar!

ROSARIO. Hay que vivir...

DUO. La vida alegre de la libertad
hasta morir.
Somos jovencitas
que aquí encerraditas
no hemos visto el mundo
por casualidad;
y nos consumimos,
y nos aburrimos,
esperando siempre
la felicidad.
¡Cuándo será el día
en que la alegría
venza á las tristezas

de mi corazón,
y las pobrecitas
arrinconaditas
libres y contentas
dejen su rincón.
Ese día venturoso,
aunque tarde, llegará,
recobrando las palomas
su perdida libertad.

AMPARO. Me seduce á mí el can-can
al estilo de París.

ROSARIO. Y yo siento el mismo afán
de bailarlo *vis* á *vis*.
(**Bailan hasta la terminación del número.**)

ESCENA IV

DICHOS Y GUILLERMITO. Se trata de un joven escuálido muy débil de cuerpo y de espíritu. Es el secretario particular de Don Clemente.

HABLADO

GUILLERMO. (**Por el foro.**)
Buenas tardes, señoritas.
¿Y don Clemente?

AMPARO. (**Con desabrimiento.**) No está.

GUILLERMO. (**Muy preguntón.**)
¿Ha salido? ¿Fué á la Bolsa?
¿Vuelve pronto? ¿Y doña Paz?
¿También salió? ¿Estamos solos?

ROSARIO. ¡Hijo, pregunta usted más!

GUILLERMO. ¡Como nada me contestan
y hoy es un día fatal
porque hay que hacer un balance
y escribir y redactar
porción de cartas, por eso
preguntaba. ¿Qué? ¿Está mal?
(**Ellas no le contestan.**)
Pero, ¿se han quedado mudas?
(**Otra breve pausa.**)

(Aparte.) Estas jóvenes están
padeciendo á todas horas
un histerismo bestial.
(Alto.) ¿No me contestan ustedes?
¿No?
(Aparte.) ¡Las voy á hacer rabiar!
(Alto, pero como hablando sólo.)
¡Ay, qué baile en la Zarzuela
mañana, San Nicolás!
(Ellas vuelven la cabeza y escuchan.)
¡El baile de modistillas!...
¡Va á ser aquello ideal!
(A ellas, que están inquietas.)
¡Ay, si pudieran ustedes
asomarse allí!...

AMPARO. (Con pena.) ¡Ojalá!

GUILLERMO. Y usted, Rosario, si fuese,
cuánto habría de gozar
al ver aquel espectáculo
soberbio, piramidal.

ROSARIO. (Casi con ira.)
Sí, pero como no voy,
pues...

AMPARO. ¡Paciencia!

GUILLERMO. (Gozoso con hacerla sufrir.) ¡Y barajar!

ROSARIO. (A Amparo, con coraje.)
Este danzante ha venido
para sofocarnos más.

AMPARO. ¡Pues conmigo, que no juegue!

ROSARIO. ¡Ni conmigo!... Soy capaz,
como insista, de cogerlo
y hacer una atrocidad
con él.

AMPARO. ¡Valiente avechucho!

GUILLERMO. (Aparte.)
¡Uf! ¡Cómo están! ¡Cómo están!
Ahora, la puntilla.
(Alto.) Al baile
se dice que asistirá

lo mejor del *Veloz-Club*,
la elegante sociedad...
Y yo también pienso ir
á valsar y á *chotear*,
ó como se diga. ¡Olé!
¡Allá va un hombre, allá va!
(Pasea por la escena con aire petulante.)

AMPARO. ¿Usté un hombre?

GUILLERMO. **(Dándose importancia.)** Sí, señora.

ROSARIO. ¡Si usted es un grillo real!

ROSARIO. Amparo, ¿vamos á hacerle
la autopsia?

AMPARO. **(Muy resuelta.)** ¡Vamos allá! **(Se abalazan á Guillermo.)**

GUILLERMO. **(Retrocediendo.)**
¡Eh, cuidadito, que pincho!

AMPARO. ¿Usted?

ROSARIO. ¡Quiá!

AMPARO. ¡Qué ha de pinchar!
¡Ni pincha, ni corta!

GUILLERMO. ¡Niñas!
(Aparte.)
¡Están hechas un volcán.

AMPARO. **(A Rosario.)**
¿Le hacemos la disección?

ROSARIO. ¡Ahora mismo!

GUILLERMO. ¡No abusar
de vuestro sexo! **(Le acometen. Él retrocede siempre.)** ¡Cuidado!
¡Cuidadito! ¡Atras, atrás!

ROSARIO. **(Se apodera de él muy gozosa.)**
¡Ya es nuestro!

AMPARO. ¡Nos pertenece! **(Lo zarandean, forcejeando con él y procurando derribarle.)**

ROSARIO. ¡Al suelo con él!

GUILLERMO. **(Echándolo á broma.)** ¡Cuidad
de no hacerme cosquillitas
en la región vertebral! **(Elias, extreman los esfuerzos. Él, apenas se defiende.)**

¡Que me caigo!

ROSARIO. ¡A tierra!

AMPARO. ¡Al suelo!

GUILLERMO. ¡Me van á descoyuntar! ¡Ay! (Lo derriban.)

ROSARIO. ¡Vencido!

AMPARO. ¡Derribado!

ROSARIO. ¡Guerra á la inutilidad! (Le colocan cada una un pie encima.)

AMPARO. (Con desprecio.) ¿Y esto es un hombre?

GUILLERMO. Sí, un hombre. Y os voy á desengañar. (Pugna por levantarse, pero ellas se lo impiden.)

AMPARO. ¡Quieto! (Le afirma el pié.)

ROSARIO. ¿Le damos azotes?

AMPARO. ¡Sí; una zurra!

GUILLERMO. ¿A mí?

AMPARO. (Azotándole.) ¡Morral!

ROSARIO. (Idem.) Inútil.

AMPARO. Caricatura.

ROSARIO. ¡Toma!

AMPARO. ¡Toma!

GUILLERMO. (Dolorido.) ¡Bueno está!

AMPARO. ¡No hay cuartel! (Extreman la azotaina.)

GUILLERMO. ¡Parlamentemos!

AMPARO. ¡Duro con él! ¡No hay piedad para el vencido!

ROSARIO. ¡So cursi!

GUILLERMO. (Revolcándose.) ¡Ay, que me da, que me da el ataque!

CLEMENTE. (Dentro.) ¡Guillermito! (Al oir ellas la voz, se separan de Guillermo asustadas.)

AMPARO. ¡El tío!

ROSARIO. ¡Fatalidad!

AMPARO. (A Guillermo, amenazándole.) El le salva á usted... Si no...

CLEMENTE. (Dentro.) ¿Estás ahí?

GUILLERMO. (En alta voz, levantándose con trabajo.)
Voy allá. (A ellas, con dolorido acento,)
¿Os habéis ya desahogado? (Ellas ríen, burlándose de él.)
¡Bien me la vais á pagar!

CLEMENTE. (Con acento irritado.)
¡Guillermito!

GUILLERMO. (Gritando.) ¡Que allá voy! (Va aproximándose á la izquierda, sin perder de vista á las muchachas, á las cuales amenaza con la mano. Ellas le hacen burla.)
¡Ya nos veremos!

AMPARO. (Con sorna.) ¡Já, Já!

GUILLERMO. (Al público.)
Son señoritas del *boro*
y no han podido hacer más.

ESCENA V

AMPARO y ROSARIO

ROSARIO. ¡Qué tipo!

AMPARO. ¡Valiente memo!

ROSARIO. Pues si es como este pollino
todo el sexo masculino,
te juro que no le temo.

AMPARO. (Con cierta tristeza.)
¿Cuándo nos desengañamos,
Rosario?

ROSARIO. Ya habrá algún modo,
estando dispuesta á todo
como yo estoy...

AMPARO. (Rectificando.) ¡Como estamos!

ROSARIO. ¿No desmayarás?

AMPARO. ¡Jamás!
¡Si hay que avanzar, avancemos,
y si hay que luchar, luchemos!..
¡Yo no puedo aguantar más!

ROSARIO. En la primera ocasión

que se nos presente, damos
un escándalo.

AMPARO. Y nos vamos
aunque sea por el balcón...

ROSARIO. Ya ves... (Con tristeza.)
Baile en la Zarzuela
mañana... ¡Nunca hemos visto
un baile!

AMPARO. Nunca.

ROSARIO. (De pronto, y con acento que revela una resolución irrevocable.) Yo asisto
á él.

AMPARO. ¿Tú?

ROSARIO. (Con firmeza.) ¡Las dos!

AMPARO. (Desconfiada.) ¡Tontuela!
¿Y cómo vas á ingeniarte
para hacer...?

ROSARIO. Déjame á mí.
¿Tú me ayudarás?

AMPARO. Yo, sí.

ROSARIO. Muy bien.

AMPARO. ¿Pues no he de ayudarte?..
Y el peligro que afrontemos
á riesgo de nuestras vidas,
lo correremos reunidas.
¿Dices que iremos?... ¡Iremos!

ROSARIO. ¡Hemos de poder muy poco
ó triunfará nuestra idea!

AMPARO. ¿Como sea?

ROSARIO. (Resuelta.) ¡Como sea!

AMPARO. ¡Al baile, pues! ¡Choca! (Le da la mano.)

ROSARIO. (Se la estrecha.) ¡Choco! (Se dan un enérgico apretón de manos. Luego se separan, yéndose Amparo por la derecha y Rosario por el foro.)

ESCENA VI

DON CLEMENTE, DON PÍO, GUILLERMO, por la izquierda

CLEMENTE. (Hablando con Guillermo.)
¿Conque te enteras, Guillermo?
GUILLERMO. Sí, sí; pero en un viaje
de automóvil en que van
dos para dos, y no hay nadie
más... ¿Qué pito toco yo?
PÍO. ¡La bocina!
CLEMENTE. Tú bien sabes
que en nuestras aventurillas
eres el indispensable.
A lo mejor, siempre falta
algún pequeño detalle,
y tú...
GUILLERMO. Comprendo... Yo voy
en calidad de ayudante;
vamos, de sobresaliente
de espada por si algún lance
de la lidia...
PÍO. (Recoge la alusión, y replica maliciosamente.)
¡Me parece
que de barreras no sale!
GUILLERMO. (Aparte, y con tono burlón.)
¡Caramba con *Machaquito*!
PÍO. Yo me marcho.
CLEMENTE. Di, ¿y qué trajes
llevo?
PÍO. El de automovilista
y el de frac, si hemos de darle
al festival de la luna
su verdadero carácter.
CLEMENTE. ¿Y ellas?
PÍO. Igual da que vayan
de mariposas ó arcángeles.

CLEMENTE. Bueno, pues no te detengas.
Adios, Pio.

PÍO. Hasta más tarde.
Adios, tú, sobresaliente. (A Guillermito, riéndose. Se dirige al foro, acompañándolo Clemente.)

GUILLERMITO. (Aparte.) Viejos más extravagantes!
no los posee ni Esquerdo.

PÍO. (Despidiéndose en el foro.)
Adios.

CLEMENTE. Adios. (Vase Pío.)

GUILLERMO. (Por ellos.) Son compadres
y mútuamente no tienen
ni una pizca... que envidiarse.

ESCENA VII

DON CLEMENTE y GUILLERMO

CLEMENTE. (Muy gozoso, y restregándose las manos.)
¡Lo que vamos á gozar
mañana!

GUILLERMO. (Muy triste.) ¡Yo sí!...

CLEMENTE. (Cambiando de tono.)
¡Ignorante!
Si yo te digo que vengas,
es porque sé los finales
de estas juergas, y... ¡no harás
ningún papel denigrante!

GUILLERMO. ¿Habrá inutilización
de algún espada?

CLEMENTE. Es probable.
(Volviendo á otra idea.)
¡Cómo tarda el telegrama!
Tú, Guillermito, prepárame
la maleta... Pon el frac
y unos cuantos cachivaches
de tocador: el cepillo,
el esenciero, vinagre...

GUILLERMO. (Interrumpiéndole y con naturalidad)
¿Pongo también vaselina?
CLEMENTE. No está de más; ¡pero á escape!
(Váse Guillermito por la izquierda)

ESCENA VIII

CLEMENTE. A poco, la criada.

CLEMENTE. El proyecto de don Pío
es un proyecto admirable
y original... Por supuesto
con sesenta navidades
á cuestas, si no nos sirven
picantillos los manjares,
lo digo como lo siento,
¡las mulillas y el arrastre!
CRIADA. (Por el foro) Señorito, un telegrama.
CLEMENTE. (Aparte.) ¡Vamos ya era tiempo.
(Alto.) Trae.
(Le firma el recibo y se lo da. Váse la criada. Clemente abre el despacho.)
Es el mismo. (Lo examina.)
¡Y está al pelo!
¡Vaya si viene alarmante!
(Leyendo.) «Alcalá, díez, diez y diez:
Declaróse formidable
incendio. Olivos, cebada,
algarrobos, todo arde.
Le ruego venga. Martínez.»
(Riendo.)
¡Qué don Pío! ¡Cómo sabe
preparar estos belenes!
(Cambiando de actitud.)
No hay que perder un instante.
Daremos la voz de alarma

y ¡á la luna, qué diantre!
(Se acerca á la puerta de la derecha. Desde este momento finge un gran sobresalto y un disgusto profundo).
(Gritando.)
¡Paz, Amparito, Rosario!
¡Venid, Paz, pronto! (Observa que se acercan.)
¡Ya salen!

ESCENA IX

CLEMENTE; PAZ Y AMPARO, por la derecha. ROSARIO, por el foro. Todas entran muy alarmadas.

PAZ. ¿Quién grita?
AMPARO. ¿Qué es eso?
ROSARIO. ¡Tío!
PAZ. ¿Qué ocurre?
CLEMENTE. Un caso muy grave.
PAZ. ¿Muy grave?
AMPARO. ¡No nos asustes!
CLEMENTE. Una desgracia muy grande...
Lee. (Le da el telegrama á Paz.)
PAZ. (Después de leerlo.)
¡Jesús! (Queda anonadada.)
AMPARO. (Ha leído el telegrama)
¡Vaya por Dios!
ROSARIO. (Recoge el telegrama y lee también.)
¡Ay!
CLEMENTE. ¿Qué hago yo? ¡Aconsejadme!
PAZ. Opino que debes irte.
AMPARO. ¡Sí, tío, vete al instante!
CLEMENTE. ¡Ay!
ROSARIO. Pero inmediatamente.
¡No retardes el viaje
ni un minuto!
CLEMENTE. (Casi llorando.) ¡Qué desgracia!

ROSARIO. Un siniestro inevitable.

PAZ. (Para infundirle ánimos.)
¡Bah! Cien troncos chamuscados.
¡No te apures!

ROSARIO. No te alarmes.
¡A Alcalá!

CLEMENTE. (Fingiendo resignación.)
Sí. (Llamando.)
¡Guillermito!

PAZ. Vete con él.

AMPARO. Es un trance
en que pueden sus servicios
ser muy útiles.

CLEMENTE. (Con intención.) ¡Quién sabe!

ESCENA X

Dichos y GUILLERMO.

GUILLERMO. ¿Me llamaba usted?

CLEMENTE. (Le da el telegrama.) Sí, lee.

GUILLERMO. (Haciendo aspavientos al leer el contenido del telegrama.)
¡Un incendio formidable! (Compumgido.)
¡Qué lástima de cebada!

PAZ. No detenerse y á escape
á Alcalá.

CLEMENTE. (A Guillermito.)
Vente conmigo. (Le dice aparte.)
¡Se la tragaron!

GUILLERMO. (Con familiaridad á D. Clemente.)
¡Tunante!

ROSARIO. (Cayendo en la cuenta de que su tío no está en traje de calle.
¿Y el sombrero?

AMPARO. Y el abrigo... (Entran por la izquierda y salen á poco con dichas prendas.)

GUILLERMO. Y la maleta. (También entra y á poco sale con la maleta.)

CLEMENTE. (Despojándose del gorro y del batín.)
Hasta el mártes,
lo ménos, estaré allí.
Entretanto, que se guarden
en esta casa las formas
para que no dude nadie
de vuestra moralidad.
¿Oyes? ¡Ni aun pisar la calle
conviene!

PAZ. Vete tranquilo.

CLEMENTE. (Volviéndose al tema del incendio.)
¡Oh, qué desgracia tan grande!

AMPARO. (Saliendo.)
Ea, ya está aquí el abrigo.
(Le ayuda á ponérselo.)

ROSARIO. Y el sombrero. (Se lo coloca.)

CLEMENTE. ¡Adiós, pinares
y algarrobos de mi hacienda!

GUILLERMO. (Saliendo con la maleta.)
Cuando usted guste.

AMPARO. (Compungida.) No tardes,
tito.

ROSARIO. (Llorosa.) Que escribas.

PAZ. Y manda
pronto á decir el alcance
del siniestro.

CLEMENTE. (A Guillermito.) ¿Vamos?

GUILLERMO. ¡Vamos!

PAZ. Id con Dios.

GUILLERMO. Y con los ángeles.

CLEMENTE. (Ya en la puerta.)
¡Dios querrá que no sea nada!

GUILLERMO. (Aparte.) No me voy sin pellizcarle
algo. (Por Amparo que es la que tiene más cerca.)
¡Rica! (Lo hace y Amparo le da una sonora bofetada.)
¡Ay!

CLEMENTE. ¿Qué pasa?
GUILLERMO. (Disimulando.)
¡Hay que irse!...
PAZ. Cuanto antes.
CLEMENTE. ¡Corramos, sí y evitemos,
oh, Dios mío, una catástrofe!
(Vánse.)

ESCENA XI

DOÑA PAZ, AMPARO Y ROSARIO

PAZ. (Desconsolada.)
¡Pobre Clemente! ¡Qué horrible
situación! Él, tan amante
de sus cosas, tan honrado,
tan buen hombre, tan buen padre...
Es decir, padre no; tío,
pero un tío de los grandes.
AMPARO. ¿Qué te parece el incendio?
ROSARIO. ¡Que hay cosas providenciales!
¿No te dije yo que íbamos
mañana á la noche al baile?
AMPARO. ¿Te atreverás?
ROSARIO. ¡Yo sí!
AMPARO. Pero...
ROSARIO. Nada. Disponte á ayudarme.
(Se dirige resueltamente á doña Paz.)
Tita...
PAZ. ¿Qué?
ROSARIO. Estamos pensando
Amparo y yo, algo importante.
PAZ. ¿Se trata de la cebada?
ROSARIO. ¡Cá! De que nos acompañes
al baile de la Zarzuela
mañana.
PAZ. (Escandalizada.) ¿Qué dices?

ROSARIO. (Con mucho aplomo.) Cálmate
y no te opongas.
PAZ: (En el colmo del estupor.) ¡Sobrina!
¡Estás loca de remate!
¿Y tú qué dices? (A Amparo.)
AMPARO. (Muy serena.) Lo mismo
que Rosario.
PAZ. Pero...
AMPARO. ¡Al baile!
ROSARIO. ¡Al baile, sí!
AMPARO. ¿Iremos, eh?
ROSARIO. ¡Si, sí!
PAZ. (Desolada.) ¡Virgen de los Angeles!...
¡Están locas mis sobrinas!
(Todo lo que sigue muy vivo, pues el objeto de las muchachas es aturdir á doña Paz y arrancarle el consentimiento.)
AMPARO. Sólo un ratito.
ROSARIO. Un instante.
Todo lo más diez minutos.
AMPARO. Si, sí; no nos verá nadie.
ROSARIO. Cuatro vueltas al salón,
y enseguidita á la calle.
AMPARO. Y á casita, á descansar.
ROSARIO. Nos llevas, ¿eh?
AMPARO. Es indudable
que nos llevas, ¿verdad, tía?
PAZ. (Mareada por el vocerío.)
¡Callad! ¡No hay quien las aguante!
ROSARIO. (Animando á Amparito.)
¡A la carga!
AMPARO. Sí. (Con nuevos bríos, dirigiéndose á doña Paz.) ¿Qué, vamos?
ROSARIO. ¡Si, tita!
PAZ. (Medio loca.) ¡Niñas, que arde
el olivar!...
AMPARO. ¡Que arda el sol!
¡Viva mi tía! (Gritando.)
PAZ. (Sin fuerzas ya.) ¡Callarse!

ROSARIO. (Gritando más que Amparo.)
¡Vivan mi tía y mi tío! (Comienzan á dar saltos y brincos alrededor de doña Paz. Esta quiere huir, pero ellas la atajan y la marean.)

AMPARO. ¡Olé, las tías con ángel!

ROSARIO. ¡Olé, las personas buenas!

PAZ. (Se planta en jarras y en aptitud muy resuelta.
¿Sí? ¿Pretendéis marearme?
Pues, ¡olé, y olé, y olé
y *arza* y toma, y arza y dale! (Mientras dice los dos anteriores versos se marca un ridículo zapateado. Esto hace romper á las muchachas en grandes carcajadas, considerando su triunfo seguro. Transición de doña Paz que dice aparte:)
Vencieron; que me perdonen
Dios y la Virgen del Carmen.

Mutación

CUADRO SEGUNDO

Interior de una tienda en la que alquilan trajes de máscaras. Colgados en la pared multitud de vistosos disfraces y caretas. Algunos figurones carnavalescos. Aparatos con luces encendidas. Es de noche.

Coro de MODISTILLAS. Aparecen con caprichosos y fantásticos disfraces, ultimando detalles de sus respectivas indumentarias.

ESCENA I

MÚSICA

Alegre fiesta del placer
en ti cifraba mi ilusión
para alcanzar y retener
grato recuerdo el corazón.
Ya dispuestas á asistir
con artístico disfraz,

nuestro rostro ha de cubrir
y ocultar este antifaz.

(Se lo colocan.)

A las modistillas
tiene usted aquí,
las de Maravillas
las de Chamberí;
que van un derroche
de gracia y de sal
á hacer esta noche,
como usted verá.

—

UNAS. Yo voy dispuesta..
OTRAS. Yo no...
UNAS. Yo sí.
Y decidida.
OTRAS. Yo no.
UNAS. ¿Por qué?
¡No hay que asustarse!
OTRAS. ¿Que no?
UNAS. *¡Gili!*
Yo bien me sé
lo que va á pasar allí
OTRAS. ¡Si, sí!
Yo soy honesta...
UNAS. ¡Jé, jé!... ¡Qué tos!
OTRAS. Y muy decente...
UNAS. ¡Sí ya se ve!...
OTRAS. Y al baile iremos recatadamente.
TODAS. Como va la gente
cuando tiene alguna cosa
que perder.

—

Marcando el aire y el compás
se baila un tiempo de *schotis;*
cuatro pasitos hacia acá
y media vuelta por aquí.
Y si el que baila sabe hacer
lo que en el caso es de rigor,

habrá peligro de perder
el equilibrio en el salón.

—

OTRAS. Pues yo no bailo.

UNAS. Yo sí.

OTRAS. Yo no.
Que me mareo.

UNAS. Yo no.

OTRAS. Yo sí.
Y por si acaso,
yo no...

UNAS. ¿Por qué?
Si vas allí,
pasará lo que yo sé.

OTRAS. ¡Jé, je!
No estoy por esas.

UNAS. Yo sí.

OTRAS. Yo no.
Pues yo me entiendo.

UNAS. Yo no.

OTRAS. Yo sí.

TODAS. Dejad que el tiempo
vaya transcurriendo
y á las cuatro y media
ya sabremos qué decir.

—

Vámonos al baile
sin pensarlo más.
¿Qué podrá ocurrir?
¿Qué podrá pasar?
A las cuatro y media
ó quizás después,
al salir de allí
se lo contaré.

(Vánse por la derecha.)

ESCENA II

HABLADO

GARCÍA, encargado del establecimiento. Usa barba y gafas. ADRIANA, empleada.

GARCÍA. ¿Han pagado todas?
ADRIANA. Todas.
GARCÍA. ¿Qué trajes quedan?
ADRIANA. Pierrots,
arlequines, fantasías,
y unos cuantos de doctor
modernista.
GARCÍA. ¿Y las vestales?
ADRIANA. Tienen poca aceptación
esta temporada.
GARCÍA. ¡Claro!..
La gente es así; pasó
la manía de las vírgenes
hace tiempo. Y de cocots
¿cómo andamos?
ADRIANA. Hay bastantes,
pero raso de algodón
todo el surtido.
GARCÍA. ¿Y beatas
hay muchas?
ADRIANA. ¡Uf, un horror!
Eso es lo que más abunda
y habrá que hacer un montón
con ellas y realizarlas.
GARCIA. Bien pensado; es lo mejor.

ESCENA III

Dichos. AMPARO, ROSARIO y DOÑA PAZ, por la derecha.

AMPARO. Buenos noches.
ROSARIO. Buenas noches.

GARCÍA. (Muy amable y cortés.)
Bien venidas.

PAZ. (Que durante toda la escena se mostrará muy contrariada.)
Quiera Dios
que este paso no nos cueste
ir á la delegación.

ROSARIO. Venimos por unos trajes
de máscara.

GARCÍA. ¿Cuántos?

ROSARIO. Dos.

AMPARO. No, tres.

ROSARIO. Dos para nosotras;
para tita un capuchón.

GARCÍA. ¿Los quieren de fantasía?

AMPARO. ¡Fantásticos, sí, señor!

GARCÍA. Ahí tenemos un modelo
que es de gran aceptación
y que está haciendo en París
lo que se llama furor.

ROSARIO. Y ¿á qué imitan?

GARCÍA. Mariposas.
Tienen una irisación
y un matiz, que no parece,
sino que los baña el sol.

ROSARIO. (Muy gozosa á Amparo.)
Pues los veremos, ¿eh?

AMPARO. (También gozosa.) Bueno.

PAZ. (A García.)
Hágame usted el favor
de buscar unos disfraces
que sean muy decentes.

GARCÍA. ¡Oh!
Desde luego.

PAZ. Yo me entiendo,
y le hago esta observación,
porque tenemos vergüenza
aunque parezca que no.

GARCÍA. Pues sírvanse, señoritas,

pasar allí, á aquel salón (Señalando á la izquierda.)
y escogerán lo que gusten.
¡Adriana! (Llamándola. Le hace señal de que sirva á las recien llegadas. Adriana asiente con otra señal y se dispone á marchar con ellas.)

ROSARIO. (A Amparo.) Creo yo.
que vamos á producir
en el baile una explosión.

AMPARO. ¡Chica, ojalá! (Vánse por la izquierda.)

PAZ. (Casi furiosa.) Están dejadas
¡ay! de la mano de Dios,
y por lo visto, me toman
á mí por «Don Nicanor.» (Se refiere al muñeco que toca el tambor, y puede indicarlo así haciendo un cómico ademán. Váse por la izquierda.)

GARCÍA. Esas se llevan de fijo
el disfraz de sensación
y serán dos mariposas
dignas de un buen cazador.

ESCENA IV

GARCIA, EL DE LA RITA, por la derecha.

EL DE LA RITA. ¿Se pué pasar?

GARCÍA. Pase usted.

EL DE LA RITA. ¿Es aquí donde se alquilan
trajes pa el baile?

GARCÍA. ¿Qué baile?

EL DE LA RITA. El de la señá Remigia;
esé que está en el solar
del lado de la botica,
frente al cine y junto al tupi.

GARCÍA. ¿Y usted quiere?...

EL DE LA RITA. Pues quería
un disfraz de diosa Venus
con adornos modernistas

pa dar el golpe.

GARCÍA. ¿Usted?

EL DE LA RITA. No.
El golpe lo dará Rita;
la Rita, que es mi señora
por lo civil.

GARCÍA. Bueno, elija.
Hay aquí muchos modelos.

EL DE LA RITA. ¿Muchos qué?

GARCÍA. Que es infinita
la colección de disfraces
que tenemos.

EL DE LA RITA. Yo sabía
ya ese «conque,» y yo me dije:
«¡Anda, leñe, sacrifica
lo que en dos ú tres semanas
te vas á gastar en tintas,
y haz que la Rita aparezga
como en la Mitología»,
ú séase, con la hoja
de parra colocá encima.

GARCIA. ¿Encima de qué?

EL DE LA RITA. Del traje
de diosa.

GARCÍA. Pues á la vista
tiene usted de todo: mallas,
corseletes, odaliscas,
trusas del siglo catorce,
sirenas con escamillas
de tisú de plata, musas,
magas, sílfides y ondinas.

EL DE LA RITA. (Que no ha entendido una palabra de la relación hecha por García.)
Yo lo que quiero es un traje
pa que se mueran de envidia
toas las del solar.

GARCÍA. Ya entiendo.
(Le muestra unas mallas.)
¿Le gusta á usted esta ninfa?

EL DE LA RITA. (Examinando las mallas.)
¿Esto es ninfa? (García hace un signo afirmativo.) Pero... ¿esto
se lo sujetan arriba
las señoras?

GARCÍA. Esto llega
hasta aquí. (Indicando la cintura.)

EL DE LA RITA. (Perplejo.) ¡Ya, ya!.. Y las ligas
del límite del corsé,
¿no se ponen?

GARCÍA. No; se quitan
para que no menoscaben
el contorno de la línea.

EL DE LA RITA. (Sin entenderlo.)
¿Menoscaben? Bueno... En fin,
si es cosa de que la Rita
con esto y con una chambra
dé el golpe, venga la ninfa.
¿Es mucho?

GARCÍA. Cuatro pesetas.

EL DE LA RITA. ¿En plata ó en calderilla?

GARCÍA. Como usted quiera.

EL DE LA RITA. Está bien.
Pues mañana con la chica
de la portera, vendrán
las del ala.

GARCÍA. No se fía.

EL DE LA RITA. ¡Rediéz, cuánto inconveniente!

GARCÍA. Es una costumbre antigua
y sólo se entregan géneros
á personas conocidas.

EL DE LA RITA. Si lo sé traigo la cédula
y hasta el pase de las quintas.

GARCÍA. Bueno. ¿Quiere usté las mallas
ó no?

EL DE LA RITA Vengan. (García se las da.)
¡Deseguida
vuelvo yo á vestir de diosa
mitológica á la ninchal...

GARCÍA. (Indicándole á la izquierda.)
Allí puede usté pagar.
EL DE LA RITA. Muchas gracias y se estima
el favor. (Medio mutis.)
¡Ah, si usté ve
que dan las doce del día
de mañana y no ha venido
esto de la diosa ú ninfa,
que vayan á recogerlo...
GARCÍA. ¿Dónde?
EL DE LA RITA. A la Comisaría. (Vase.)
GARCÍA. Es posible que así ocurra,
porque en estas tremolinas
siempre han sido de nosotros
sucursales honoríficas.

ESCENA V

MÚSICA

GARCIA, DOÑA MARIQUITA, joven elegante, recién casada y muy corta de genio. Revela una profunda tristeza.

MARIQUITA. (Por la derecha.)
¿Da usted su permiso?
GARCÍA. Pase en buena hora.
MARIQUITA. Gracias, caballero.
GARCÍA. No hay de qué, señora.
MARIQUITA. Si usted lo permite,
si usted lo consiente,
conferenciaremos
reservadamente.
GARCÍA. Cuente usted, señora,
con mi discreción.
MARIQUITA. Pues yo le suplico
que ponga atención.
Yo soy Mariquita Ortiz,
la mujer más infeliz

de este mundo engañador;
y esta pobre Mariquita
está recién casadita
con Juanito Villamor.
Yo soy buena, soy honesta,
muy sencilla, muy modesta
y adorándole viví;
mas no sé lo que le pasa
que jamás duerme en su casa
y no se acuerda de mí.
Por una cartita
que en la americana,
de una tal Purita,
le hallé esta mañana,
sé que el muy tunante
metido en un coche
irá con su amante
al baile esta noche.
Y al baile de *ocultis*,
tam bién quiero ir...
Por eso, por eso,
me tiene usté aquí.

MARIQUITA.

¡Pobre recién casadita,
pobrecita Mariquita!...
¡Mire usted como se ve!
Yo no merezco tal cosa
porque soy muy cariñosa...
¡Puedo jurárselo á usted!

GARCÍA.

¡Pobre recién casadita,
tan graciosa, tan bonita!
¡Qué abandonada se ve!
No se merece tal cosa
porque parece una rosa...
¡Una rosita de té!

GARCÍA. (Aparte.)
¡Pobrecita
Mariquita!
¡qué solita
vivirá!

MARIQUITA.
Soy casada
pero ¡nada!...
Olvidada
he de pasar (Llora.)

HABLADO

GARCÍA. No se aflija usted, señora.
MARIQUITA. ¡Es tan grande mi dolor!..
GARCÍA. Por supuesto, su marido
no tiene perdón de Dios.
Usted, tan bella y tan joven
tratada así...
MARIQUITA. Sí, señor;
y á los dos meses justitos
de unirnos la bendición...
Si hubiese sido á los cuatro,
¡vamos!.. aún comprendo yo
que un esposo á la moderna
se canse, pero ¿á los dos?
GARCÍA. Yo no me explico ese caso.
MARIQUITA. ¡Si no tiene explicación!
Viéndole triste una tarde
¿qué tienes? le dije yo.
El lanzó un hondo suspiro
por toda contestación;
pasó un brazo por aquí,
la cintura me ciñó,
me dió un beso, dos, tres, cuatro (García, se inquieta.)
luego me arrancó una flor
que yo llevaba en el pecho,
y con tal fuerza tiró,
qne se llevó el alfiler,
los encajes y un botón.
Después... ¿para qué seguir?
GARCÍA. Si, calle usted por favor.
De todos modos supongo
cuál fué la terminación.
MARIQUITA. Desde entonces mi Juanito
ha abandonado mi amor.
(Desolada.)
¿Por qué, por qué habrá hecho eso?
GARCÍA. ¿Será porque se pinchó
lá tarde del alfiler

y del botoncito?

MARIQUITA. No.
No hubo pinchazo. Me acuerdo
muy bien, muy bien.

GARCÍA. ¡Pues por Dios
que merece su marido
la pena del Talión.

MARIQUITA. Lo mismo me dice Enrique.

GARCÍA. ¿Un amigo?

MARIQUITA. Sí, señor;
un militar muy simpático
que desde que se enteró
de mi desgracia, no cesa
de consolar mi dolor.

GARCÍA. ¡Vamos, menos mal señora!

MARIQUITA. Es teniente en situación
de reserva.

GARCÍA. Que es estar
en situación superior.
(Aparte.) Envidio al teniente Enrique
con todo mi corazón.
(Alto.) Pues si quiere usté un disfraz
y sorprender al traidor,
sírvase pasar allí. (Le indica la izquierda.)

MARIQUITA. Le doy las gracias, y adiós. (Le saluda coquetamente, y váse por la izquierda.)

GARCÍA. (Mientras ella sale.)
Adiós, doña Mariquita,
ánimo y resignación
y expresiones al teniente
que tan á tiempo llegó.

ESCENA VI

GARCIA, UN POLLITO MUY DECENTE, por la derecha. Es un tipo algo afeminado.

UN POLLO. ¿Si será aquí?.., Sí; aquí mismo.
(Avanza sin reparar en García.)

GARCÍA. (Al verlo, llamándole la atención.)
¡Jóven!

POLLO. (Asustándose.) ¡Ay!

GARCÍA. ¿Qué deseaba?

POLLO. (Reponiéndose del susto.)
¡Jesús, hijo!... ¡Tiene usted
nna manera más rara
de recibir á la gente!...

GARCÍA. (Comprendiendo la clase de parroquiano que se le ha entrado por las puertas. Aparte.)
¡El único que faltaba!
(Alto.)
Bueno. ¿Usted viene?...

POLLO. Yo vengo...
Vengo á vestirme de máscara.

GARCÍA. (Sorprendido.)
¿Usted?... ¿A vestirse?

POLLO. ¡Yo!...
¡Yo mismo!... (Aparte, viendo el asombro de García.) ¡Jesús, qué cara!...

GARCIA. Pero... ¿Se atreverá usted?

POLLO. ¿Que si me atreveré?... ¡Vaya!...
¡Ni que fuera un parricidio!

GARCÍA. ¡Poco ménos!...

POLLO. (Aparte.) ¿Tendrá guasa
el tío éste?
(Alto.) Mire usted,
caballero de... las gafas.
(García se vuelve furioso como para acometerle. El pollito retrocede un paso conteniéndole.)
¡Eh!... ¡Quietecitas las manos
y escuche usted!...

GARCÍA. (Aparte, reprimiéndose.)
Tendré calma,
porque sinó...

POLLO. ¡Nó se ofusque
usted, so guasón! (Le da un empujoncito suave. García se indigna y lo mira echando fuego.)
¡Caramba,

qué mal genio tiene usted,
compadre!... Pues va la casa
á prosperar bien, con esos
modales que usted me gasta.
Hay que tratar de otro modo
á las personas simpáticas,
¿oye usted?; y hay que tener
¡vamos!... eso, idiosincrasia
y su poquito de cosa
y su *mijita* de salsa!

GARCIA. (Aparte y optando por reirse.)
¡Va á ser menester reirse!

POLLO. (Aparte, observándolo.)
¡Ya está como una babasa!
(Alto.)
¡Qué!... ¿Que tengo yo el capricho
de disfrazarme de «Dama
de las camelias?» ¿Y qué?
¿Es alguna cosa mala?
¿No puedo hacer en el mundo
tóo lo que me dé la gana?

GARCÍA. ¿Quién lo duda?

POLLO. Pues entonces...

GARCIA. Su voluntad es muy santa,
sí; pero hasta cierto punto.

POLLO. ¡Hasta el punto de la Habana
ó hasta otro punto cualquiera!
¿A usted qué?...

GARCÍA. ¡No, no!... ¡A mí, nada!

POLLO. (Dulcificando el tono y acercándose persuasivo á García.)
Bueno. ¿Me va usté á dar eso?

GARCÍA. (Resistiéndose.)
Pero...

POLLO. ¡No hay pero que valga!

GARCÍA. ¡Hombre!... Es que...

POLLO. Por mi salud
que tiene usted, con la barba,
el tipo del rey David...

¡Sólo le falta á usté el arpa!
¡Ande usted!... (Persuadiéndole.)

GARCIA. Pero... ¿usted quiere
ir al juzgado de guardia?

POLLO. ¡No!... ¡Sí no es más que un ratito!
A las tres de la mañana
ya tendrá usté el traje aquí
devuelto y sin una mancha,
porque soy muy primosoroso
¿sabe usted?

CARCIA. No; lo ignoraba.

POLLO. Aquí donde usted me ve,
soy una persona honrada
y tengo una prima monja,
y dos hermanas casadas
con dos jefes de telégrafos,
y, en fin, por toda mi casta
soy un pollo muy decente...
Conque... ¿me da usted la «Dama
de las camelias», señor?

GARCIA. ¡No puede ser!... En mi casa
sólo para las señoras
se alquilan trajes de máscara.

POLLO. (Aparte, desalentado.)
¡Lástima de pulmonía!
(Alto.)
¡Mala sangre!

GARCIA. (Agresivo.) ¿Qué?

POLLO. (Conteniéndole.) ¡Eh!... Calma,
y guárdese usted los trajes
debajo de la solapa,
¡pelmazo!

GARCÍA. (Furioso, disponiéndose á acometerle.)
¡Yo á este lo mato!

POLLO. (Burlándose de él, pero arrimándose á la puerta.)
¡Anda!... ¡Si tienes la cara
de esos cobradores tontos
que toman pesetas falsas!
¿Qué se va á esperar de un hombre,

que huele á manteca blanca?

GARCÍA. (Fuera de sí persiguiéndole.)
¡Granuja!... ¡A la calle!

POLLO. (Huyendo asustado.) ¡Ay!...
¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Guardias!
(Huye por la derecha. García sale tras él, persiguiéndole.)

ESCENA VII

AMPARO, ROSARIO y DOÑA PAZ, por la izquierda.

Las dos primeras con capuchones entreabiertos que cubren un fantástico disfraz de mariposa. Doña Paz disfrazada con capuchón. Aquellas salen muy gozosas; ésta, como siempre, refunfuñando.

AMPARO. (Saltando de gozo.)
¡Olé, la gracia! ¿Vamos, Rosarito?

ROSARIO. (Contemplando el disfraz por el entreabierto dominó.)
¡Qué lindo, qué precioso, qué bonito!
¡Es un prodigio artístico, un derroche!

AMPARO. (Como rindiendose á un éxtasis.)
¡Qué noche vamos á pasar!..

ROSARIO. (Como Amparo.) ¡Qué noche!

PAZ. ¡Ay qué niñas, qué niñas! ¡Dios permita
que incólumes volvamos á casita!

AMPARO. ¡Aventura!

ROSARIO. ¡Placeres!

AMPARO. ¡Hombres guapos!..

PAZ. (Mirándolas y con aspereza.)
¡Y qué indecentes van con esos trapos!
Mañana las confieso con un fraile.

AMPARO. No hay que pensarlo más ¡Al baile!...

ROSARIO. ¡Al baile!
(Vánse muy alegres llevándose á empellones á doña Paz que hace movimientos de indignación y de protesta.)

Mutación

CUADRO TERCERO

La escena aparece dividida en dos compartimentos, que son otros tantos comedores de un restaurant de la Bombilla, y en ambos son exactamente iguales el exorno y mobiliario. Asimismo, en los dos, aparecen las mesas cubiertas con manteles. A la vista sólo se apreciará una diferencia entre dichos comedores, que consistirá en que el de la izquierda tendrá una ventana en el lateral del mismo lado, la que se supone da á la carretera. Los dos departamentos tienen puertas al foro, que dan al pasillo de servicio. Estas puertas abren hacia la escena. El pasillo estará muy iluminado.

ESCENA I

CURRO y PIÑEIRO, camareros. Aparecen en el departamento de la izquierda. Ambos comedores tienen las respectivas puertas abiertas, viéndose el pasillo.

CURRO está de pie, apoyado en la mesa. PIÑEIRO, sentado, revelando en su actitud una gran contrariedad, producida por un implacable dolor de muelas.

CURRO. (Habla con acento andaluz.) Es menesté que te esengañés, compare. Pa eso, er tironaso. ¡Sácatela, hombre, sácatela!

PIÑEIRO. (Es gallego.) Deíchame tranquilu, Curru, que nun estoy para chirijotas.

CURRO. Po como no te la saquen, pocas cenas te quean que espachá aquí, en la Bombilla, porque no eres tú er primer gallego que se muere de un doló de muela.

PIÑEIRO. ¡Nun tantu!

CURRO. Bueno, ya lo verás. No te encargo más sino que no me vayas á echá á mí la curpa si te entierran boca abajo.

PIÑEIRO. Si nun fuera pur lu que es, pedía licencia y me iba.

CURRO. Po pa luego es tarde. Arza, que yo te supliré si viene argún descarriao po aquí.

PIÑEIRO. Nun me atrevu... ¡Comu el amu es así, quiero evitar mermuraciones!

CURRO. Entonces, allá tú con tu amo y con tu muela... A mí me podía dolé aunque fuera er deo gordo, que iban á dí á pará er mandí y la servilleta ar Pardo. (Se oye un lejano toque de bocina.) Ar Pardo van esos... (Entreabre la ventana y mira al campo.) ¡Y no najan ná! ¡Señó!.. Yo quisiá sabé por qué tienen siempre tanta priesa los señoritos de los aurtomóviles... (Nuevo toque de bocina.) ¡Sí! (Imitando la bocina.) ¡Paff, paff!... Y allá van que no paese sino que arguno de esos lleva síntomas de alumbramiento, como se dice ahora. (Suena otra vez la bocina, casi debajo del edificio.) ¡Adiós, arma mía! ¡No te estrellarás, no!... (Breve pausa. Se oye un estampido y un lejano grito de voces femeninas.) ¡Cataplúm, se escoyuntaron!

PIÑEIRO. (Levantándose y acercándose á la ventana.) ¿Qué es esu?

CURRO. ¡Pus ná!... ¡Que al aurtomóvil se le ha rompío un numismático.

PIÑEIRO. (Con naturalidad.) ¿Y se han matado muchos?

CURRO. ¡Nadie, hombre! ¡No seas animá! (Los dos miran por la ventana.)

PIÑEIRO. ¡Y vienen señoras!

CURRO. Sí; yo distingo cinco ó seis burtos. (Breve pausa.) ¡Mira, mira!

PIÑEIRO. ¿Qué?

CURRO. Pa cá vienen... Ya entran. (Se separan de la ventana, cerrándola.) Nos cayó que hacé, Piñeiro. Espabílate, hombre, espabílate, que te van á vé con esas jechuras de buso y se les va á quitá er sentío.

PIÑEIRO. Me alejraría de que entraran en tu comedor y me deicharan estar, purque nun tenju la cabeza para nada. (Se dirigen á la puerta del foro, y desde allí escuchan y observan.)

CURRO. Po esta gente á lo que viene aquí es á partirse el pecho con un arroz con pollos mientras le gobiernan el numismático ese.

PIÑEIRO. Ya suben. (Miran ambos á la derecha.)

CURRO. Ahí están... ¡Buenas jembran traen! (Observan con atención.)

PIÑEIRO (Fingiendo contemplarlas.) ¡Quehermosas chicarronas, Curro!.. (Suspirando ruidosamente.) ¡Ay!

CURRO (Distraído.) ¡Sácatela, hombre, sácatela!

PIÑEIRO ¡Malos demonios te leven! Si nun hablo de las muelas sino de las chicas.

CURRO Po á tu cuarto van. ¡Míalas! (Comienzan á entrar en el comedor de la derecha Doña Lorenza, Pepa, Lola, Don Clemente y Don Pío.)

PIÑEIRO (Contrariado.) Muchu que lo sientu, pero si han de dar buena propina... (Se dirige por el pasillo hacia la derecha, entrando en el comedor de al lado y disponiéndose á servir á los que llegan.)

CURRO. Al fin, gallego. Por una propina es capaz de ponerse una dentaura postiza. (Entra en su comedor y á poco se marcha después de ordenar los muebles del departamento y ultimar algunos detalles del servicio de la mesa.)

ESCENA II

DOÑA LORENZA, mujer de alguna edad, con un capuchón idéntico al que en el segundo cuadro usó doña Paz, y un guarda-polvos de viaje. PEPA y LOLA, también con guarda-polvos que cubren disfraces iguales á los que lucieron en el referido cuadro segundo Amparo y Rosario. DON CLEMENTE y DON PÍO con largos abrigos de automovilistas y debajo trajes de frac. PIÑEIRO en la puerta, esperando órdenes.

CLEMENTE. No ha pasado nada, ¡qué demonio!.. Total un pneumático pinchado, parada forzosa de una hora que aprovecharemos lo me-

jor posible y ¡á la luna, muchachas, á la luna!

PÍO. (Muy contento.) ¡Al satélite, niñas, al satélite!

LORENZA. ¡Buen susto, ay! ¿Y tardaremos mucho en proseguir el viaje?

CLEMENTE. Ahora nos lo dirá Guillermito.

PÍO. ¡Camarero!

PIÑEIRO. ¿Qué manda el señor?

PÍO. Trae unas botellas de Jerez. (A ellas.) ¿Queréis Jerez?

LOLA. Bueno.

PEPA. Y unos fiambres.

CLEMENTE. Sí; de todo, camarero, bueno y abundante. (Váse Piñeiro.)

PÍO. Sentémonos y ¡viva la Pepa!

PEPA. Servidora.

PÍO. Es otra Pepa la que yo digo.

CLEMENTE. (Reparando que van á sentarse con los guarda-polvos puestos.) ¿Pero vamos á tomar las copas enfundados en estas antipáticas prendas? ¡Ea, chicas!.. Fuera los guarda-polvos.

LOLA. (Mirando á Pepa.) ¿Qué ha dicho?

LORENZA. Niñas; el guarda polvos es esto, (Indicándolo.) y en este caso es una prenda que no sirve para nada. (Se los quitan todos.)

PÍO. Para nada, y en la Bombilla menos que en ninguna parte.

PEPA. (Fingiendo ignorancia y sorpresa.) ¡Ah! ¿Pero esta es la Bombilla? ¿Y esto no es un sitio malo?

PÍO. Para el reuma, sí; pero por lo demás resulta más útil que una casa de socorro. (Ya se habrán ellas despojado del guarda-polvos, quedando en los referidos trajes de mariposas Lola y Pepa.)

CLEMENTE. (A Lola, contemplándola extático.) ¡Olé y olé, las mariposas del bosque!

PÍO. (Idem ante Pepa.) ¡Benditos sean los insectos del barrio de Embajadores!

LOLA. (A Clemente.) ¿Te gusto, tunantillo?

CLEMENTE. ¿Que si me gustas? ¡Ah! Te prometo prenderte con un alfiler y mandarte al museo.

LOLA. (Muy melosa.) ¿De veras?

CLEMENTE. ¡Ya lo creo que te pincho!

LORENZA. (A Pío.) ¿Le gustan á usted esos disfraces? (Contemplando á una y otra. Pepa está frente á Lorenza y á Pío.) Niña..... (A Pepa.) Vuélvete para que te vea este caballero. (Pepa obedece.) ¿Qué tal?

PÍO. ¡Encantadora, soberbia!

CLEMENTE. Y de circunstancias para un viaje á la luna.

LORENZA. Eso dije yo. Habrá que buscar algo para que vuelen y por eso escogí esos trajes con alitas y todo.

PÍO. ¿Y de qué son? ¿De cefirillos etéreos ó de genios alados?

LORENZA. No señor; son de alquiler.

PIÑEIRO. (Entra con el servicio haciendo gestos de asombro ante la belleza de Lola y Pepa. Tanto se entusiasma, que por mirarlas ni ve por donde va.) ¡Jesús María y Jusé! ¡Y qué marrusiñas! (Tropieza con don Clemente que se habrá sentado y al choque le vierte encima un vaso de agua.) ¡Ay!.. ¡Perdone usté! ¡Dispense, señor! (Se deshace en excusas.)

CLEMENTE. (Furioso.) ¡Torpe! ¿Estás ciego? ¡Sirve y vete, estúpido!

PIÑEIRO. (Absorto ante Lola y Pepa, hablando maquinalmente.) Sí, eso es... ¡Estúpido!

CLEMENTE. ¿Qué dice? (Se ha levantado y está furioso porque el agua le ha empapado el pantalón.)

PIÑEIRO. Nada, señor. (Descorcha las botellas, sirve vino, etc., haciéndolo todo con gran agitación y sin dejar de mirar á las muchachas.)

CLEMENTE. ¡Habrá que reirse!.. Estos imbéciles no merecen que se les tome en serio.

PÍO. (Conciliador). Eso no es nada, Clemente.

CLEMENTE. ¿Que no es nada y me ha vertido una copa en los pantalones? Mira como estoy, chorreando.

PÍO. ¡A comer y á beber, chicas! (Todas se sientan quedando, de derecha é izquierda, por este orden: Lola, Don Clemente, Doña Lorenza, Don Pío y Pepa). Vamos, vamos, que el trayecto es largo y hay que tomar fuerzas para el viaje.

PEPA. ¿No hay pasteles?

PÍO. Camarero; pasteles.

PIÑEIRO. Enseguida.

LOLA Y jamón cocido.

CLEMENTE. Mozo, jamón cocido.

PIÑEIRO. Inmediatamente, señor. (Aparte dirigiendo otra mirada á la chica). ¡Ay, Piñeiro, te veo en el Este! (Váse dejando entreabierta la puerta.

ESCENA III

Dichos, menos PEÑEIRO.—Luego GUILLERMO.

CLEMENTE. (Ofreciendo una copa á Lola). A tu salud, reina de las regiones atmosféricas.

LOLA (Chocando su copa.) ¡A la tuya, rubichi!

PÍO. (Ofreciendo copas á Pepa y á Lorenza). Bebed, que el vino entona el cuerpo y alegra el espíritu. (Pepa apura su copa).

LORENZA. (Después de beber). ¡Uf! (Hace un gesto de desagrado). ¡Qué vino más malo! ¡En dónde está el Chinchón que se quiten de enmedio los *jereces*;

GUILLERMO. (Entrando muy precipitadamente). Señores, el automóvil está ya á punto de... (Se interrumpe ante el espectáculo que ofrecen Pepa y Lola en trajes de fantasía, y dice aparte:) ¡Uy, qué dos huríes escapadas del «O paradiso».

CLEMENTE. (Comprendiendo el embarazo de Guillermito.) Guillermito, ¿qué te pasa?

PÍO. (Con intención.) ¿Le ha dado á ese el sarampión?

GUILLERMO. Me ha dado algo así como una subida de sangre ¿sabe usted? Pero no es el sarampión precisamente.

PIO. (Llamando á Clemente.) Oye.

CLEMENTE. ¿Qué?

PÍO. No me fío de Guillermito.

CLEMENTE. ¡Bah! ¡Qué cosas tienes!

PÍO. ¡Me parece peligroso! El es joven y nosotros somos dos ruinas... Y ya sabes tú lo que son las mujeres para estas cosas.

CLEMENTE. (Sonriendo.) Comprendo, comprendo. (Alto.) ¡Guillermito! (Este que estaba entretenido en hacer señas á las muchachas y que continúa contemplándolas, no contesta.) ¡Guillermo!...

GUILLERMO. ¿Es conmigo?

CLEMENTE. Sí; ¿qué venías á decirme?

GUILLERMO. Que el automóvil está á punto de ser reparado y...

CLEMENTE. Bueno; pues vete á la carretera y distrae al chauffeur contándole cuentos... ¡Ah! Y haz el favor, cada vez que subas aquí, de entrar de espaldas.

GUILLERMO. ¿De espaldas? ¿Y por que?

CLEMENTE. Porque yo lo mando. De espaldas.

GUILLERMO. (Volviéndose.) ¿Así?

CLEMENTE. Así mismo.

LOLA. (Condolida.) ¡Pobrecito!

PEPA. Es muy simpático.

PÍO. (A Clemente, receloso por las palabras de una y otra. ¿Lo ves, lo ves Clemente?

LORENZA. (Riñéndolas.) ¡Niñas! ¡Aquí no hay más personas simpáticas que estos señores! ¿Sus enteráis?

CLEMENTE Puedes irte, Guillermito, y avísanos oportunamente.

GUILLERMO. Está muy bien. (Aparte.) Conque de espaldas ¿eh? (Mirando de reojo á Clemente y á Pío.) De espaldas va á ser como os vais á caer en llegando á la luna. ¡Por éstas! (Hace la cruz, la besa y váse.)

PÍO. Reanudemos las libaciones y á brindar. ¡Ah! Desde este momento y hasta que nos echen de la luna, queda establecida la siguiente reforma social: Artículo único: se prohibe la vergüenza. ¿Vale?

TODOS. ¡Vale! ¡vale!

CLEMENTE. ¡Ea! Pues á lucirse, chicas, y venga de ahí algo del repertorio clásico.

PEPA. Allá va. (Levantándose.)

LOLA. Va por ustedes. (Se pone en pie y con ademán muy resuelto imita el brindis de un torero diciendo:) Y si no mato á este toro...

CLEMENTE. (Va á completar la frase.) Que me corten la...

PÍO. (Interrumpiéndole vivamente alarmado.) ¡Chis!... ¡Que no nos corten nada, hombre!

MÚSICA

LORENZA.

El tanguito que bailan las niñas
es una gran cosa
y se llama el tanguito, tanguito
de la mariposa.

(Bailan Pepa y Lola.)

PEPA Y LOLA

¡Ay qué cosa,
ay qué cosa,
es el tango
de la mariposa!

CLEMENTE. ¡Me siento abejorro!

PÍO. ¡Y yo moscardón!

PEPA, LOLA y DOÑA LORENZA, aparte:

¡Qué par de vejetes
qué zánganos son!

CLEMENTE y PIO entusiasmados, bailan grotescamente.

¡Olé y olé las mariposítas
las niñas bonitas
que saben marcar,
y que saben mover las caderas
en las habaneras
llevando el compás!

PEPA y LOLA

Venimos del rinconcito
en donde la sal se cría,
donde está lo más bonito
que hay en *toa* la Andalucía.
Tierra del cariño mío,
Cádiz de mi corazón,
pa tí son *toos* mis *quereres*...

CLEMENTE y PIO con sorna.

¡Por la gloria de Cotón!

LOLA y PEPA, remedándoles.

¡Por la gloria de Cotón!

LORENZA

También bailan la machicha
de una forma original.

CLEMENTE y PÍO (Muy contentos,)

¡La machicha,
chicha, chicha!

PEPA, LOLA y LORENZA, aparte:

¡Poca chicha tienen ya!

(Bailan Pepa y Lola.—Al final intervienen grotescamente los demás.)

HABLADO

ESCENA IV

Dichos y PIÑEIRO, por la derecha.

PIÑEIRO. (Entra y cierra la puerta.) El jamón y los pasteles. (Coloca el servicio en la mesa.)

LOLA. (Examinando el servicio y un poco contrariada. ¿No hay merengues?

GUILLERMO. ¿Quieres merengues, vidita?

LOLA. Sí, y si los hubiera de fresa, mejor.

PIÑEIRO. ¿Desean algo más los señores?

CLEMENTE. Sí, aguarda. (Comienza á darle instrucciones.

ESCENA V

Dichos, AMPARO, ROSARIO, DOÑA PAZ, EL CONDE, EL VIZCONDE y CURRO.—Las primeras con los trajes del segundo cuadro. El CONDE y el VIZCONDE con fracs y abrigos.

CURRO. (Por la puerta del departamento de la izquierda. Por aquí, señores, por aquí. (Aparecen y entran los citados personajes).

PAZ. (Furiosa con sus sobrinas que vienen muy alegritas.) ¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza! ¡Esto es un abuso y una inmoralidad!...

AMPARO. (Riendo). ¡Já, já, já, já! ¿Pues no dice que esto es una inmoralidad? ¿Y tú que entiendes?

ROSARIO. (También muy risueña.) ¡Si esto es tocinito del cielo, tía!

PAZ. (Escandalizada.) ¡Ay, tocinito del cielo! ¡Las mato! ¡Esta noche cometo yo dos sobrinicidios!

CONDE. Sentémonos. Este ha sido un capricho de las señoritas, y á fuer de galantes, ni el vizconde ni yo hemos opuesto reparo alguno.

AMPAIO. ¡Eso es! ¡Viva la galantería!

ROSARIO. ¡Una noche es una noche!

AMPARO. Pues ¡nada!... que queríamos ver la Bombilla... ¿Y qué? ¡Ya estamos en la Bombilla!.. Y de aquí...

ROSARIO. Otra vez á la Zarzuela. ¡Eso es!
PAZ. De aquí á casita, y mañana á confesar.
ROSARIO. Bueno... Pero hasta las seis que abren las Calatravas, bien podemos ir al baile y hacer examen de conciencia.

(Ellos ríen y se despojan de los abrigos. Ellas también se quitan los dominós, quedando en trajes de máscara. Después se sientan, de derecha á izquierda ,Amparo, el Conde, Doña Paz, el Vizconde y Rosario.—Procúrese en la colocación y detalles el *vis á vis* con el departamento de la derecha, para los efectos de la visualidad del cuadro.)

VIZCONDE. (A doña Paz.) El objeto es tomar aquí una copa de Champagne. Camarero, Champagne.
CURRO. ¡Enseguía, señorito! (Vase dejando entreabierta la puerta.)
PIÑEIRO. De modu que una ducenita de merenjes de fresa. ¿Nu es eso?
CLEMENTE. ¡O dos docenas ó tres! Muchos merengues, muchos, muchos.
PIÑEIRO. Voy señor, voy. (Váse cerrando la pnerta..)
PAZ. (Como siempre, furiosa.) Ya os ajustaré yo las cuentas, libertinas. ¡Ay! (Con pena.) ¡Y mi pobre esposo, él, tan honrado, si supiera esto!.. ¿Dónde estará á estas horas el pobrecito?
ROSARIO. Apagando el fuego.
CLEMENTE. (Como el que prosigue una conversación ya iniciada.) Pues es por lo que más me gusta la Bombilla, por la independencla con que se hacen estas cosas... Yo, por ejemplo, estoy ahora á cinco kilómetros de distancia de mi familia...
CURRO. (En el departamento de la izquierda, con el servicio de champagne.) Aquí está el champán.
AMPARO. Que pase.
ROSARIO. Sí, que pase. ¡Olé por el champán, que es

el vino de los dioses! (Curro lo sirve y se retira, dejando la puerta entreabierta.)

PAZ. Niña, no blasfemes.

CONDE. Son deliciosas. (A Doña Paz.) ¡Déjelas usted que luzcan su ingenio!

PAZ. (Con acritud.) Es lo único que les está haciendo falta: que les den alas.

ROSARIO. Alas ya tenemos; pero lo que yo siento es que son de guardarropía.

PAZ. (Indignada.) ¡Jesús, qué descoco y qué falta de cutis!

AMPARO. (Burlonamente.) ¿Pero de veras que no te estás divirtiendo, tía?

PAZ. ¡Calla, insolente, ó te estampo una botella en la cabeza!

ESCENA VI

Dichos, menos PIÑEIRO y CURRO.—GUILLERMO, por el foro derecha.

GUILLERMO. (Entrando de espaldas.) Dice el chauffeur que dentro de quince minutos estaremos en disposición de proseguir el viaje.

CLEMENTE. ¡Está bien!

GUILLERMO. Y decimos el chauffeur y yo que no nos vendrá mal una copita de Jerez.

PÍO. Bueno, toma, pero sin volver la cara. (La alarga una botella que Guillermito coje de espaldas.)

GUILLERMO. No vuelvo nada, descuide usted. Gracias y hasta luego. (Aparte.) No te valdrán tus argucias, viejo carcamal (Vase y cierra.)

PIO. (A Clemente.) A este Guillermito lo domestico yo. ¡Qué se habrá figurado el monosilabo ese! (Siguen hablando y bebiendo.)

ESCENA VII

Dichos, menos GUILLERMO.—PIÑEIRO

PIÑEIRO. (Con una batea de merengues. Entra por equivocación en el departamento de la izquierda, aprovechando que Curro, como queda indicado, dejó entreabierta la puerta.) Merenguitos de fresa. (Aparte, al conde, tomándolo por Don Clemente) Son dos ducenitas justas, caballero.

CONDE. (Con extrañeza.) ¿Qué dice este imbécil?

CLEMENTE. (Con impaciencia.) Pero ¿y esos merenguitos? ¿Habrán ido por ellos al barrio de Salamanca?

PIÑEIRO. (Insistiendo.) Dos docenitas, legítimos de fresa.

CONDE. (Mirando.) ¿Qué dice usted, hombre?

PIÑEIRO. (Se da cuenta de que ha padecido un error ó es una cosa muy extraordinaria lo que allí ocurre. Mira á unos y á otros y confundido con la semejanza de la situación, se asombra, gesticula, hace aspavientos, etc.) ¿Qué es estu? ¿Peru no son lus viejos?... ¿Si será cosa de esperitismo?

CONDE. (Levantándose para acometerle.) ¡Lárgate de ahí, majadero!...

PIÑEIRO. (Huyendo con la batea de merengues.) ¡Ay, su madre! ¿Qué lío es este? (Váse y en su aturdimiento deja también la puerta abierta. El conde regresa á su sitio y se sienta.)

ROSARIO. ¡Otra copa; que aquí no ha pasado nada!

AMPARO. Bebamos. Bebe, tía.

PAÁ. ¡Un demonio! Lo que yo quiero es irme, pero inmediatamente. Esto es un lugar inmundo, un centro de corrupción y de perdición!

AMPARO. No lo creas. Aquí no se pierde ni tanto así. (Sonando la uña.)

ESCENA VIII

Dichos menos PIÑEIRO.—GUILLERMO

GUILLERMO. (Se asoma por la puerta del departamento de la izquierda y sufriendo la equivocación de Piñeiro entra en él, pero de espaldas, conforme á lo que le tienen encargado.) Dice el chauffeur que cuando ustedes quieran.

CONDE. (Volviéndose sorprendido.) ¿Otro?

GUILLERMO. Que cuando ustedes quieran podemos irnos, pues ya está colocado el pneumático y listo el depósito de la gasolina.

VIZCONDE. (Con suma extrañeza.) ¿De qué habla este estúpido?

CLEMENTE. (Se levanta airado y se dirige á la puerta.) Pero ese camarero... (La entreabre y grita.) ¡Esos merengues, mozo! (Cierra y vuelve á su sitio.) ¡A ver si se entera!

GUILLERMO. Conque ¿qué le digo al chaufeur?

CONDE. (Levantándose airado.) ¿Al chauffeur? Dále este encarguito. (Le suelta un puntapié.)

GUILLERMO. ¡Ay! (Volviéndose.) ¿Pero usted á mí por qué?...

PAZ. (Dando un grito.) ¡Guillermo!

AMPARO.
ROSARIO. } (Aterradas.) ¡Guillermito!

GUILLERMO. (En el colmo de la sorpresa.) ¡Doña Paz! ¡Ellas! ¿Qué es esto? (Aturdiéndose por grados, opta por salir.) ¡Ay! ¡ay!, ¡ay! ¡Socorro! (Sale al pasillo y desde allí continúa gritando:) ¡Socorro, aquí hay brujas! ¡Socorro!

CLEMENTE. (Que lo ha oído.) ¿Quién grita? ¿Es Guillermito? (Se levanta, abre la puerta y lo llama.) !Guillermo!

GUILLERMO. (Entrando medio loco. Las puertas de este y del otro departamento quedan abiertas por completo.)

¿Pero es aquí? ¿Pero no estaba usted allí con su familia?

CLEMENTE. ¡Yo con mi familia! ¿Qué dices? (Todos los del departamento se levantan y rodean á Guillermito. Este, mientras prosigue el diálogo en el otro comedor, refiere lo que ha visto.)

PAZ. (Fuera de tino. En este departamento, como es natural, reina una confusión espantosa.) ¿No lo decía yo? ¡Castigo de Dios! ¡Vamos á casa corriendo! (A sus sobrinas.) ¿Qué decís ahora, pimpollitos? ¿No queríais baile?

AMPARO. (Muy afligida.) ¡Ay, Dios mío de mi alma!

ROSARIO. Cuando Guillermito se lo diga, ¿qué dirá mi tío? (Lloran desconsoladas. El conde y el vizconde tratan de consolarlas, pero ellas los rechazan.)

CLEMENTE. (También alarmadísimo por lo que le ha dicho Guillermito.) ¡María Santísima! ¿Pero están ahí? ¡Es posible!

GUILLERMO. O son ellas ó esto es cosa de brujería, porque si usted no ha sido el del puntapié ¿quién es, vamos á ver, quién es?

PAZ. (Con resolución.) ¡A casa, niñas! ¡Seguidme! (Seguida de sus sobrinas sale al pasillo.)

CLEMENTE. (A Guillermito.) Pues á verlo.

GUILLERMO. ¡A verlo! (Va á salir á tiempo que por el pasillo derceha entra Piñeiro con la batea de merengues. Chocan, y Guillermito recibe todo el contenido de la batea en la cara.) ¡Ay!

PIÑEIRO. (Azorado.) Usted dispense. (Arroja la batea y huye. Guillermo intenta seguirlo, pero en este momento, Doña Paz, que cruza el pasillo, tropieza con él, ve el interior del departamento y penetra en él seguida de sus sobrinas.)

PAZ. (Haciéndose cargo de la situación.) ¡Clemente! ¿Tú aquí? ¡Y con mujeres! ¡Las voy á desollar!

CLEMENTE. (Espantado.) ¡Mi mujer! (Oyen esto Pepa, Lola y Doña Lorenza y huyen atropellándolo todo y gritando. Salen al pasillo dirigiéndose en su huída al otro departamento.)

PAZ. (A Clemente, furiosa.) ¿Y cómo anda eso del fuego de Alcalá?

CLEMENTE. (Con igual coraje y en el mismo tono.) ¿Y cómo andamos de vergüenza por mi casa? (Quedan mirándose de hito en hito en cómicas actitudes. Pío interviene amistosamente. Entretanto, Guillermito queda junto al proscenio derecha, limpiándose la cara.)

LOLA. (Entrando en el comedor de la izquierda, seguida de Pepa y Lorenza.) ¡Aqui nos refugiamos!

PEPA. (Como asustada al ver gente en este comedor.) ¡Ay, dos caballeros!

CONDE. (Reconociéndola.) ¡Lola!

LOLA. (Asombrada.) ¿Eres tú?

PEPA. (Viéndolos.) ¡Mi vizconde!

VIZCONDE. ¿Pepa, tú aquí?

CONDE. Pero, chicas, ¿no quedamos en que no saldríais hoy de casa?

LOLA. (Disculpándose.) Sí, en eso quedamos; pero como era el baile de modistillas y...

LORENZA. (Con hipocresía.) Y cuidado que las advertí... ¡Hijas, no salid, que pueden disgustarse el señor conde y el señor vizconde!..

CONDE. ¡Bah! No merece la pena. Casi me alegro de encontraros.

VIZCONDE. Bebamos una copa, y al baile.

CONDE. (Al Vizconde.) Prefiero estas amigas nuestras á esas cursis que se han ido. ¿No te parece?

VIZCONDE. ¡Naturalmente! (Se acercan todos los de este departamento á la mesa y toman unas copas en amor y compaña hasta la terminación de la obra.)

CLEMENTE. Corramos un velo, porque si nos metemos en averiguaciones, va á ser peor.

PÍO. (A Guillermito.) Pero, ¿se puede saber qué es lo que ha ocurrido aquí?

GUILLERMO. Pues un cambio de trenes con trasbordo y todo. (Se dirige á Doña Paz y la dice:) Doña Paz, ¿quiere usted hacerme el obsequio

de sacarme un poquito de merengue de aquí, del rabillo del ojo?

PAZ. (Mostrándole las uñas.) ¡Los ojos le voy á usted á sacar, so pillo!

CLEMENTE. (Conciliador.) ¡Paz!.. ¡Haya paz!...
(Al públíco.)

Aquí acaba la aventura,
y yo te pido, por Dios,
que no aumentes la amargura
que hubo en la noche mil dos. (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta